

Vete: si no concedes alabanzas,
Adios, mi madre, adios, no tardes hijo.
-Hijo tendré: lo dice la experiencia.

Bastan estos versos para que veas cuanto ganaron en belleza
as y finura, las escenas del pastor moribundo de los antiguos.
- la versión es del insigne Meléndez Pelayo, que nos fue arrebatada
de por la muerte hace menos de un año. ¿Cómo! (pensará alguno) El
intrínseco mérito de la versión traduce los versos del
poeta neo-pagano, Guillermo, no por cristiano o cristianizado,
sino por las bajas palabras de Robespierre. Nada más cierto: y
si me permitiera una reminiscencia personal, yo mismo participo
hace unos treinta y tres años de su admiración por Ghénier. Era
aquel muy joven; yo bastante menor; pero nos leíamos juntos i-
dentico por todo lo helénico, por todo lo antiguo, por todo lo
bello. Nos desesperaba lo incompleto de casi todas las obras de
Ghénier; en nuestro juvenil entusiasmo aspirábamos a remodelar
- las, y mientras Meléndez ponía en hermosos versos castellanos
sus idios, yo me esforzaba por acabar un magnífico poema bíbli-
co "Susana", apenas empezado.

El ver que Manuel José Othón, sin haberlo conocido, tenía
los mismos gustos, me ha alegrado en extremo; y no puedo menos
que manifestarlo en esta noche memorable. Bien hizo en no querer
pulsar la campana de Teodoro, sin que antes hubiera tocado los
labios de Virgilio, Garcilaso, Ghénier y Clearco. Tales fueron
sus aspiraciones, tal fue su escuela. ¿Lo conseguirá? Testigo son
los tres sonetos que he copiado. Igual testimonio dará cualquier
ra trozo de los "Poemas Rusos", que leía al acaso.

Aunque temo haberos cansado algún tanto, era indispensable en
estos juegos florales, fijar con precisión la escuela a que per-
teneció el poeta, para poder dar al certamen la orientación debida.
de. La juría habla alido a su memoria elogiando en versos decapó-
sílaba, rítmicos, prosaicos, o cultos, y conceptistas, sin
- tener en cuenta que en el soneto tantas veces mencionado, hace
que le diga su Musa:

Gustiga el mundo desordenado y caído;

y que, en el prodigio, afirma "que el arte ha sido y debe ser im-
popular, inaccesible al vulgo".

Fué siempre fiel a estos principios que supo evitar el escor-
- lio en que se han extraviado tantos autores de elegias, esponde-
- en lo rústico, lo trivial, lo prosaico y lo decapósilabo, no obde-
- la menor duda. Que nada hay en sus poemas de culterano y concept-
- tista, no es menos cierto. Pero, evitó del todo el estilo "cul-
- to"? No me atrevo a afirmarlo, habiendo seguido tan de cerca las
bucelas de su "culto" Maestro.

Por poco que estudiemos los versos de Clearco Meonio, encon-
- traremos que en ellos restituye a algunas palabras su original -
- significado latino; que a no pocas voces anticuadas saca del se-
- pulcro; y que hace resonar de nuevo muchos vocablos, no anticua-
- dos, ni latinos, ni bárbaros; pero poco o nada usados en la con-
- versación en España ni en América, y que a primera vista parecen
- exóticos. Si este no es estilo culto, no sé como llamarlo. Todos
- lo hemos admirado; y sus discípulos, entre ellos Othón, trataron
- de aclamarlo jefe de "escuela" y lo imitaron a porfía. El éxito-
- de los alumnos fué menos completo que el de su modelo. Y no po-
- día ser de otra manera. Largos años fué aquél profesor de Human-
- dades, consagrado con el alma y la vida a la enseñanza, y con po-
- ca comunicación con el pueblo. Párroco más tarde, Prelado hace -
- ya dieciocho años, no ha abandonado la poesía y el estudio; y e-
- sas voces refinadas, esos vocablos sonoros, brotan espontáneos -
- de su pluma, con tal encanto, con tanta naturalidad, que a cual-
- quiera fascinan. Pero en aquéllos, que más que con los autores -
- antiguos tienen que conversar con litigantes vulgares; y más que
- a Virgilio o Garcilaso hojean el código civil, esas frases cul-
- tas, esos vocablos poco conocidos resultan rebuscados, y alter-
- nando a menudo con otros nada castizos, que les son más familia-
- res, y que juntos con aquéllos, forman una mezcla poco agradable.
- A pesar de tales desventajas, Manuel José Othón salió airoso en-
- sus tendencias al estilo culto. Entre las incontables voces poco
- usadas en que abundan sus versos, raras son aquellas que parecen
- rebuscadas, y apenas una que otra vez tropezamos con algún pro-
- vincialismo o frase poco castiza.

Debemos, pues, colocarlo entre los poetas netamente clásicos,
- y esta es su mayor alabanza. En una época de mal gusto, escoger-
- la mejor de las escuelas; despreciar la popularidad, cuando más-
- que nunca la buscan los escritores, aun a costa de los mayores -
- sacrificios; escribir en castellano puro, cuando en derredor re-
- sueñan barbarismos de origen septentrional y notas selváticas, es
- un verdadero milagro; y en loor de quien lo ha obrado, debemos -
- tejer toda suerte de panegíricos.

También a vosotros, los que habéis convocado a este certamen,
- os toca en gran parte la honra que tributamos a nuestro laureado
- poeta. Y qué podré decir a los que con sus brillantes escritos -
- en prosa y en verso, han venido a deleitarnos y honrarnos? Como-
- en las disertaciones, al juzgar a Manuel José Othón, se le ha -
- considerado como poeta dramático, no he querido yo, de propósito,
- tratar de sus dramas. Además de este motivo, harto poderoso, o-
- tros me obligan a guardar silencio. Es el primero mi incompeten-
- cia. Para comprender bien el drama contemporáneo, es indispensa-
- ble tener el hábito de asistir a representaciones teatrales. A -
- Esquilo y a Sófocles, se puede calificar, leyendo simplemente -
- sus tragedias. Pero no basta leer los dramas que hoy se escriben

Por poco que estudiamos los versos de Gervasio Meoño, encon-
tramos que en ellos resalta a algunas palabras su original
significado latino; que a no pocas voces antiguas saca del se-
ñalado; y que hace resonar de nuevo muchos vocablos, no antiguos
sino modernos, ni latinos, ni castellanos; pero poco o nada usados en la con-
versación en España ni en América. Y que a primera vista parecen
exóticos. Si esta no es estilo culto, no sé como llamarlo. Tal vez
lo hemos admirado; y sus discípulos, entre ellos Góngora, fray Juan
de Solís y otros de "escuela", y lo imitaron a punta. Mi estilo
de los alumnos fue menos completo que el de su modelo. Y no po-
dría ser de otra manera. Porque años fue aquí profesor de Humanidades,
concurrido con el alma y la vida a la enseñanza, y con po-
ca comunicación con el pueblo. Tal vez más tarde, cuando
ya dieciocho años, no ha abandonado la poesía y el estudio; y es-
tas cosas, esas palabras, esas voces, esas palabras españolas
de su pluma, con tal encanto, con tanta naturalidad, que a cual-
quiera fascinan. Pero en aquellos, que más que con los autores
antiguos tienen que conversar con gigantes vayas; y más que
a Virgilio o Garcilaso, hoy en el siglo XVII, esas frases cul-
tas, esas palabras poco conocidas resultan repugnantes y alter-
nando a menudo con otras más castizas, que les son más familia-
res, y que juntos con aquellos, forman una mezcla poco agradable.
A pesar de tales desventajas, Manuel José O'Donnell escribió en
sus tendencias al estilo culto. Entre las inimitables voces poco
usadas en que abundan sus versos, tales son aquellas que parecen
repugnantes, y apenas una que otra vez tropezamos con algún pro-
vincialismo o frase poco castiza.

Debemos, pues, colocarlo entre los poetas netamente clásicos,
y esta es su mayor alabanza. En una época de mal gusto, escogier-
la mejor de las escuelas; despreciar la popularidad, cuando más
que nunca la buscan los escritores, sin a costa de los mayores re-
sultados; escribir en castellano puro, cuando en castellano re-
sucen parlamentos de origen septentrional y notas selváticas, es
un verdadero milagro; y en favor de quien lo ha obrado, debemos
lejer toda suerte de panegíricos.

También a vosotros, los que habéis concurrido a este certamen,
os toca en gran parte la honra que tributamos a nuestro lenguaje
poeta. Y que podré decir a los que con sus brillantes escritos
en prosa y en verso, han venido a deleitaros y honraros? Como
en las disertaciones, al juzgar a Manuel José O'Donnell, se le ha
considerado como poeta dramático, no he querido yo, de propósito,
tratar de sus dramas. Además de este motivo, parte por ser
trasmal obligan a guardar silencio. Es el primero al incomprender-
lo. Para comprender bien el drama contemporáneo, es indispensable
de tener el hábito de asistir a representaciones teatrales. A
pesar de a clásicos, se puede calificar, leyendo simplemente
sus tragedias. Pero no basta leer los dramas que hoy se escriben

sin "ver", es imposible formarse una idea del efecto que pueden
producir en la escena; y esto, bien sabéis que no está a mi al-
cance.

Además, estos juegos no son únicamente para honrar a Don Juan
Ruiz de Alarcón; y donde se elogia a este gran dramaturgo, lo
más acertado es no ponerlo en parangón con otro ninguno.

Es el único de los poetas nacidos en América; el único de los
que en ella florecieron, que no haya encontrado contradictores.-
Se ha discutido el mérito de Sor Juana Inés de la Cruz, se ha
censurado a Ercilla; se han acumulado vituperios sobre Valbuena;
a los modernos se ha condenado a muerte literaria desde la cuna.
Pero la gloria de Alarcón jamás se ha empañado; y si por respeto
a Calderón, a Lope de Vega y a Tirso de Molina, no se ha dado a
aquél el principado de la poesía dramática española, tampoco se
le ha declarado inferior a esos tres ingenios colosales.

Por qué, pues, entre los muchos que han competido en estas
justas, ningún mejicano ha enviado ya que no la oda propuesta co-
mo tema, siquiera un breve soneto en su honor, o cuando menos un
artículo en prosa? Este silencio exige una reparación solemne y
ruidosa, y yo os propongo la siguiente: Cuando mañana sea ya tea-
tro esta sala académica, estrenadlo con "La Verdad Sospechosa".-
Dad a conocer al público el noble carácter de Don Beltrán, mode-
lo de amor paternal, pero juez inexorable aun del hijo de su co-
razón. Mostradle a Don García, cuyo "artístico mentir" (como al-
guien le ha llamado) no lo hace menos odioso en su papel de em-
bustero permatuo; cuyo castigo final, después de muchas decepcio-
nes merecidas, arranca aplausos al auditorio.

Haced que se representen "Los Favores del Mundo", que vuestros
actores reproduzcan fielmente la escena culminante del drama. A
la generación actual (y a la que va pasando) le es familiar, gra-
cias a Zorrilla, el cuadro del Infante Don Enrique cayendo sobre
Don Pedro el cruel, y dándole alevosa muerte con su daga. Presen-
tad ante sus ojos el de Don García Ruiz de Alarcón (auto-retrato
del poeta), levantando también su daga sobre el odiado rival, a
quien, después de haber perseguido muchos años, al fin ha encon-
trado y vencido, pero deteniéndose al oírlo exclamar "Válgame la
Virgen", y abrazándole como amigo, en obsequio de la celeste Se-
ñora a quien ha invocado.

Seguid ofreciendo a este público, que inequívocas pruebas de
ilustración ha dado esta noche: "El Examen de Maridos, Las Pare-
des Oyen, Los Pechos Privilegiados", y cuanto salió de la pluma
del insigne mejicano, quien, como todos lo confiesan, "a precla-
ro ingenio poético, adunó alta inspiración dramática". No olvi-
deís que su castellano es el más puro que se oyera, aun en el

sin "ver", es imposible formarse una idea del efecto que pueden producir en la escena; y esto, bien sabida que no está a mi alcance.

Además, estos juegos no son únicamente para honrar a Don Juan Ruiz de Alarcón; y donde se elogia a este gran dramaturgo, lo más acertado es no ponerlo en parangón con otro ninguno.

Es el único de los poetas nacidos en América; el único de los que en esta florecieron, que no haya encontrado contradicciones. Se ha discutido el mérito de los Juanes de la Cruz, se ha generalizado a Fray Luis de León; se han acumulado vituperios sobre Valbuena; a los modernos se ha condecorado a muerte literaria desde la cuna. Pero la gloria de Alarcón jamás se ha empañado; y el por respeto a Galderón, a Lope de Vega y a Tirso de Molina, no se ha dado a nadie el primacía de la poesía dramática española, tampoco se le ha deslucido inferior a esos tres ingenios colosales.

Por qué, pues, entre los muchos que han competido en estas fiestas, ningún mérito ha envidado ya que no la oda propuesta como tema, siquiera un breve ensayo en su honor, o cuando menos un artículo en prosa? Este silencio exige una reparación solemnemente y yo os propongo la siguiente: Cuando mañana sea ya tarde, en esta sala académica, estruendosa, estruendosa, nada más a conocer al público el noble carácter de Don Beltrán, nada más a conocer al público, pero Juan Inexplicable hijo de su amor paterno. Mostradle a Don Gerardo, cuyo "artístico mentir" (como al- guien le ha llamado) no lo hace menos odioso en su papel de em- pleado permaturo; cuyo castigo final, después de muchas desobediencias mercedadas, arranca aplausos al auditorio.

Haced que se representen "Los Favores del Mundo", que vuestra actores reproduzcan fielmente la escena culminante del drama. A la generación actual (y a la que va pasando) le es familiar, gracias a Cortina, el cuadro del Interior Don Beltrán cayendo sobre Don Pedro el cruzado, y dándole alvora muerte con su daga. Presen- tad ante sus ojos al de Don Gerardo Ruiz de Alarcón (auto-retrato del poeta), levantando también su daga sobre el odiado rival, se- guien, después de haber perseguido muchos años, al fin ha encon- trado y vendido, pero deteniéndose al otro exclamando: "Válgame la Virgen", y abrazándole como amigo, en obediencia de la celeste se- ñora a quien ha invocado.

Seguid ofreciendo a este público, que innumerables pruebas de ilustración ha dado esta noche: "El Examen de Marqués", las Paro- des Oyer, los Poesías Privilegiadas", y cuanto salió de la pluma del insigne melancólico, quien, como todos lo confiesan, "a precio de ingenio poético, abunda esta ilustración dramática". No olvi- data que en castellano es el más puro que se oyer, aun en el

siglo de oro de nuestro lenguaje. Muy superior, según jueces com- petentes, al que se habla hoy día, es natural y sencillo, y no hay ni las ligeras sombras de estilo culto que antes os hice no- tar. En estos tiempos de incorrección en el hablar, y de barba- rie creciente en escribir, tales lecciones os harán beneméritos- de las letras y de la civilización. Por lo demás, nadie tema por la inocencia de los espectadores, aun más tiernos, tratándose de Ruiz de Alarcón. Él supo siempre "introducir un esqueleto de mo- ralidad en sus dramáticas hermosuras."

Al dar las gracias a los poetas y escritores que nos han hon- rado compitiendo en este certamen, me permito presentar a los que de lejos han venido a esta lucida "Corte de Amor." Decidme si no tengo motivos de sentirme orgulloso en medio de tan bri- llante cortejo. No me refiero a su belleza plástica, ni a su do- nosura y elegancia.

"Las gracias del alma
Son almas de las del cuerpo."

dijo nuestro Alarcón, y éstas son las que me encantan. La cultu- ra de que han dado prueba esta noche la Reina y sus damas, escu- chando con sostenida atención y no disimulado interés, los dis- cursos y poesías que se han recitado, es fruto de los altos estu- dios a que hace ya veintiocho años se consagran las hijas de - - nuestros próceres, en el cercado huerto, que me fué dado plantar para su provecho. Todas han crecido bajo la sombra de mis alas, y ahora las contemplo embelesado, semejantes a renuevos de olivo, en derredor del carcomido tronco, que no tardará en caer bajo la segur del leñador.

Si antes de experimentar las emociones de esta noche delicio- sa, acepté sin vacilar el puesto de mantenedor de los juegos flo- rales, ahora me felicito de todo corazón por haber acudido a - vuestro llamamiento. No se me oculta la alta significación de - vuestro convite, ilustrada Junta organizadora. Bien penetro los delicados sentimientos que han atraído a un concurso tan numero- so como variado, tan selecto como gentil, hacia un polo, que pa- recía haber perdido su fuerza magnética.

Gracias, Corte de Amor, gracias, poetas.

Gracias a todos. Eterna será la gratitud del trovador emérito, del Pastor de Arcadia y de la Iglesia, que aún no acaba de rom- per su zampoña ni su honda, y que durante medio siglo, "apacentó cantando su rebaño."

siglo de oro de nuestro lenguaje. Muy superior, según jueces con-
petentes, al que se habla hoy día, es natural y sencillo, y no
hay ni las ligeras sombras de estilo culto que antes de él se
dar. En estos tiempos de inercia en el hablar, y de falta
de las letras y de la civilización, por lo demás, nada más por
la inocencia de los espectadores, aun más tiempos, tratándose de
Rita de Alarcón. El supo siempre "introducir un elemento de mo-
ralidad en sus dramáticas peroraciones".

Al dar las gracias a los poetas y escritores que nos han hon-
rado compitiendo en este certamen, me permito presentar a los
que de lejos han venido a esta fiesta "Corte de Amor". Decidme
si no tengo motivos de sentirme orgulloso en medio de tan bri-
llante cortejo. No me refiero a su belleza plástica, ni a su do-
nancia y elegancia.

"Las gracias del alma
son almas de las del cuerpo."

¡Dijo nuestro Alarcón, y éstas son las que me encantan. La orfe-
ra de que han dado prueba esta noche la Reina y sus damas, es un
chando con sostenida atención y no disminuido interés, los dis-
cursos y poesías que se han recitado, es fruto de los altos estu-
dios a que hace ya veintiocho años se consagraron las hijas de
nuestros próceres, en el cercano Puerto, que me fué dado plantar
para su provecho. Todas han crecido bajo la sombra de mis alas,
y ahora las contemplo embalsamadas, semejantes a rameras de olivo,
en derredor del carcomido tronco, que no tardaré en caer bajo la
segar del leñador.

Si antes de experimentar las emociones de esta noche delirio-
sa, oíste sin vacilar el pueto de mansueto de los jueces de
esta, ahora me felicito de todo corazón por haber conocido a
nuestro flamante. No se me oculta la alta significación de
nuestro convite, ilustrada Junta organizadora. Bien ganaron los
delicados sentimientos que han estado a un congreso tan número-
so como variado, tan selecto como gentil, hasta un pelo, que se
pueda haber perdido en fuerza magnética.

Gracias, Corte de Amor, gracias, poetas.

Gracias a todos. Eterna será la gratitud del trovador emérito
del Pastor de Arcadia y de la Iglesia, que aun no acaba de rom-
per su zampoña ni su honda, y que durante medio siglo, "aparcó"
cantando su repaño."

[Faint, illegible text at the top of the page, possibly bleed-through from the reverse side.]

DISCURSO

PRONUNCIADO

EL 10 DE AGOSTO DE 1910 AL TOMAR POSESIÓN DEL HOSPITAL
DE SAN CARLOS BORROMEIO.

[Faint, illegible text in the main body of the page, possibly bleed-through from the reverse side.]